M. FERNANDA SANTIAGO BOLAÑOS *

La música del llanto

La grandeza de una cultura quizás se aparezca en las metáforas que ha inventado, si es que las metáforas se inventan. Ya que todo lo que el hombre hace tiene además del sentido primario otro sentido, por lo menos, más oculto y recóndito que luego salta y se manifiesta. Y así sucede igualmente con lo que mira y discierne, con lo que fija su atención. Nada es solamente lo que es.[1]

I

Una palabra puede hacerse líquida para penetrar suave el oído de quien la recibe, puede hacerse germen, como es el caso de las palabras de Gabriel que filtra la semilla divina cuando se anuncia a María.

Gabriel, la única figura angélica femenina, cercana a los seres humanos a los que se aparece en la Anunciación, en la Revelación y en la Muerte: ángel de concepción y nacimiento, ángel de los límites y fronteras metafísicas. En la mano lleva un lirio, originariamente la flor de Lilith, la primera mujer de Adán que fue expulsada hacia el infierno por rebelarse contra los mandatos del hombre. Algo de muerte hay en Lilith, algo de un antiguo orden lunar de triple manifestación como tres son las caras de la Gran Madre en la mitología. El triple aspecto de la diosa (que se recoge luego en las Tres Parcas, eufemísticamente «Gracias») y el sentido simbólico de su virginidad persiste en el lirio, «lilu o lotus» de su vagina. Se olvida su origen pagano y Gabriel utiliza el poder fecundador del lirio con María que, sin intervención masculina -como la diosa romana Juno había concebido a Marte a través del lirio mágico -queda embarazada: palabras seminales que se encarnan protegidas en el líquido del útero materno donde crecen hasta que el agua las precipita en cuerpo al exterior: como un llanto en los umbrales, de lo que fue y se pierde para nacer a la luz.

Los tres pétalos de la flor, entonces, portan la muerte y la vida. Y el llanto es la palabra antigua que, en la superficie la luz seca dejando la piel áspera y salada, como si el mar se retirase mostrando un amplio espacio de arena donde los signos vayan tomando forma hasta volverse nombre y ser nombrados, es decir, poseídos.

Mas cuando el trazo desgarre la virgen arena de este mar retirado, cuando la vida se vaya repartiendo en objetos múltiples y así el ser humano pueda

* Profesora de Filosofía del I.B. «María Zambrano» de El Espinar (Segovia).

1 M. Zambrano: *Notas de un método*, Madrid, Mondadori, 1989, p. 119.

transitarla, en la línea de las letras quedará el recuerdo de un pasado en el que todo discurría sin que de ello se tuviera conciencia: uno indiferenciado, un sueño del que la razón viene a ser violento despertar a la vez que un olvido y una melancolía por lo que -ahora no es más que intuición- late ausente, como un desconocido en lo más hondo del alma:

> Ya que sólo el corazón, o aquello que lo profetice y configure, puede llorar por lo que nunca ha visto, puede echar de menos lo que sabe que nunca verá, el nacimiento sin más de la vida aquí, ha debido de ser así un llanto, un clamor, piedras que gimen, indecible dolor hasta que se forma o nace algo sin nombrar aún, pues que lenguaje no lo hay.[2]

El parto se acompaña del llanto, como un atisbo de música que corre líquida empañando el rostro, haciéndolo, por un momento, acuoso como el origen simbólico que los griegos llamaron *arjé* y Tales nombró «agua»; Caos sobre el que la luz proyectada generó el Cosmos. Llanto como rumor de un Paraíso imposible que anhela la razón insatisfecha, como un proyecto de retorno a las aguas placentarias de la psique en ese estado-sueño aún sin pensamiento. Quimérico viaje de la razón a su no-ser del que desconoce todo; al que teme porque de él no es posible decir. Y tal experiencia es aniquilación de la razón. O trascendencia.

Llanto, pues, como huella de vida que no llegó a nacer. Modo de ser irrecuperable que gime y se retuerce en el fuego que los seres humanos aprendieron a usar en el momento en el que les fueron donadas las palabras. De aquello tan sólo un rastro en la ceniza, un espasmo indecible que el fuego esconde y que:

> ... si le ponen a arder exhala aromas, como el incienso, como la albahaca, como todos los aromas sagrados.[3]

Lejano rumor en el movimiento de los astros, en el aleteo de los pájaros, o en el abrirse de las flores: murmullo de la danza de la vida cuyo ritmo la razón doblega devolviéndolo tornado armonioso canto, lamento exteriorizado por el habla con la forma que la razón exige, pues tal rumor es el que hace despertar: la música, «la más inhumana de las artes», lleva, como veremos más adelante hacia un no tiempo del que tan sólo sabe el corazón enamorado; la música, «metáfora» porque «transporte» significa el término,

> ... nace para ser danzada, para ser danzar sonando a veces tan sólo en los oscuros laberintos del oído primero. Y todo laberinto a su vez, ¿no será rescatado, o convertido en camino, solamente si se le cantara su cantar?[4]

2 M. Zambrano: *De la Aurora*, Madrid, Turner, 1986, p. 17.
3 *Ibídem*
4 *Ibídem*, p. 21.

Tal rumor de la psique actúa como las manos extendidas de una comadrona: puente entre dos mundos, tránsito del agua hacia la luz. En cada reposo la breve discontinuidad de entrada y salida semeja los «espacios» entre las notas musicales, en el pentagrama o en la naturaleza, donde el silencio entrevera el murmullo de la psique nunca callada. El corazón tiene, desde este nuevo punto de vista, la difícil tarea de ser depositario del no-ser. De ahí su llanto que lo es también por la conciencia malherida que se ha construido para sí una cárcel: la memoria disfrazada de deseo.

> Pues la vida fue mar y luego raptada; la vida fue robada y hecha prisionera primero. Y hay quien la restituye y hay quien no. Y siempre brota de una herida. Es el amor. Hay una vida, amor aprisionado en todo, pero hay quien lo retiene: teme, si vive, morir.[5]

II

Nace el ser humano a la conciencia y de inmediato lo hace al tiempo. Y en el tiempo su experiencia se vuelve irremediablemente dolorosa: todo es efímero salvo el Ser que parece intuirse pero que la racionalidad ignora quizá porque es en sí orgullosa y sabe de lo imposible de fundar racionalmente un discurso sobre el fondo último de donde brotan todas las preguntas.

Mas la misma razón que establece los límites arranca en múltiples senderos, como enloquecida, como sabiendo que de no hallar respuesta al estar de la conciencia no podrá haber sosiego. Mediatizado por la lógica de lo sagrado da paso a lo divino: con el nacimiento del ser humano, es decir, con la temporalización, nacen los dioses. Y se inaugura una andanza de exilio, de destierro: la búsqueda de un centro en un viaje hacia la Ítaca de Ulises donde nunca se llega pues arribar a sus costas es saber que, de nuevo, se emprenderá la marcha. Penoso viaje el de hacerse hombre o mujer. Viaje en soledad expuesto a la seducción de las sirenas, criaturas como el ser humano al fin, sin definición. Lo que ignora el peregrino es que Ítaca lo acompañará allí donde vaya porque el camino está dentro y no fuera: aquel que se substrae al desear porque se reconoce fuente, recobra la bienaventuranza de la perfecta pobreza, de la perfecta nada.

> La nada es inercia. Invita a ser y no lo tolera: es la suprema resistencia.[6]

O si no el llanto:

> Mas ¿qué podrán poseer el pacífico y el que llora? En el primero se da la paz que excluye toda lucha; mientras el que llora se ha hecho claro

5 M. Zambrano: *Diotima de Mantinea en Hacia un saber sobre el alma*, Madrid, Ed. Alianza, 1989, p. 195.
6 M. Zambrano: *El hombre y lo divino*, Madrid, Siruela, 1991, p. 169.

> manantial de todo el dolor, del dolor sin calificación alguna. Ya que en el dolor que se llora puede existir el sentir de algo propio imparticipable que se ha perdido, de un bien que no se compartía ni podía compartirse. En este caso es también el llanto el modo de comunicación, el llanto que, él sí, puede compartirse, que llama a ser compartido.[7]

III

De los umbrales, la Aurora. Y guía, como los ángeles, porque es la aparición de una presencia que saca al sujeto de sí, que lo regresa -donada ebriedad- hasta el oscuro fondo de la vida derramada. Pero lo hace en este otro lado, en el filamento inapresable del amanecer, como penumbra protegida de la luz, pero en la luz ya sida. Como un acto de amor del alma alada hacia lo alto o hacia lo más profundo aguardando sumergirse en una palabra irrecuperable, tan íntima, sin embargo:

> Y luego, en otras horas del día, se derrama en lágrimas, inconfundible. Humillada y arrepentida, llora en los ojos de algún perro, en ese perro que aguarda siempre, reveladora figura de la fidelidad misma, y por ello es el mismo perro, el perro mismo, que llora con el mismo llanto: el llanto de la identidad sin palabra y sin reconocimiento, dejada ahí, sin más, como un deseo -mas llora.[8]

La femenina Aurora reitera indefinidamente aquello que la psique no deja oír «interponiéndose con su inesperado silencio»[9]. Y es un leve murmullo, el del parto de la luz que no quema como después el sol que no puede mirarse porque su fuego impediría ya toda mirada:

> Por momentos el juego de la Aurora espeja este terrible fuego de la tierra que arde sin razón y nos ofrece, aunque sea un solo instante, un fuego sutil, amoroso, extendido, un verdadero y sutil fuego de amor.[10]

Por eso cuando el sol la oculte, cuando le retire el breve destello casi atemporal, la Naturaleza asistirá cubierta al llanto de la Aurora, en el rocío, en la pequeña herida que se le hace a algunos árboles y que se recoge a modo de «resina que sirve, oh dioses, también para arder».[11]

El rincón de la Aurora, por un momento todo el universo. Después, nostálgico gemido cuya esencia consumará la razón en el cantar y en el decir. Así lo escribe Walter Otto en *Teofanía*:

7 M. Zambrano: *Los bienaventurados*, Madrid, Siruela, 1990, p. 68.
8 M. Zambrano: *De la Aurora*, pp. 47-48.
9 M. Zambrano: *Idem*, p. 21.
10 *Ibídem*, p. 18.
11 *Ibídem*

> En el canto, que cantan las Musas, resuena la verdad de todas las cosas como Ser pleno de la divinidad, resplandeciente desde las honduras y revelando, aun en lo más tenebroso y atormentado, la eterna gloria y bienaventurada despreocupación de lo Divino.[12]

Bajo el velo de los nombres se oculta lo que la Aurora presenta: el misterio del grano de trigo que los acólitos de Eleusis festejaban rigurosamente cada año; el grano devuelto a las entrañas de la Gran Madre que regresa del infierno transformado en fruto. Alrededor, el canto, la forma también en que retorna el lamento, el gemido y el grito de lo que nace de continuo, hasta ir brillando, ganándole terreno a la oscuridad, hasta que el cuerpo iluminado se presenta a los ojos del sujeto que mira con asombro. Y en sus ojos grabados la forma y un fondo inusitadamente recatado que solloza porque su extremada delicadeza requiere un cuidado sumo que el sol ignoraría:

> Toda rama de diferente materia que nazca, solloza y según se va haciendo va dejando de sollozar, y su rumor se hace ritmo de palpitar leve, se ve haciendo llama silenciosa ganando vida; luz de contenido arder.[13]

Así, los templos permanecen expuestos a la mirada del pacto entre el ser humano y eso sagrado que se percibe como divino. Templo, construcción de la memoria de aquello que, desde dentro, emerge como una evidencia inmediata. Pero su materia, el templo como objeto, es el modo del que se beneficia el ser humano para habitar-se en «este mundo». Los dioses, por el contrario, no requieren sustancialidad, pura danza como son, pensamiento de pensamiento. Cuando los seguidores de los misterios abandonaron el templo (o lo erigieron) para hacer partícipes de su secreto al resto de la humanidad, como una mediación brota la música, símbolo de aquello sin sustancia que quiso tenerla.

«Desde la gruta del corazón del mundo» expresa el Ángel la guitarra, por ejemplo, como un pequeño templo tañido que aplacase la fuerza desmedida y sin rumbo de la vida:

> El dios que se derrama, que se vierte siempre, aun cuando en los «Ditirambos» se dé en palabras. Las palabras de estos sus himnos siguen teniendo grito, llanto, y risa al ser expresión incontenible. Expresión que se derrama generosa y avasalladoramente.[14]

Dionisos escondido en los signos del universo, de las alas de las mariposas a las hojas de una planta, el caparazón de un insecto o la piel del reptil:

12 W. Otto: *Teofanía*, Buenos Aires, Eudeba, 1978, p. 36.
13 M. Zambrano: *De la Aurora*, P.97.
14 M. Zambrano: *Claros del bosque*, Barcelona, Seix Barral, 1986, p.43.

> Porque el hombre ganó un plano desde el cual miraba y, al mirar, lo que era trato mágico se convirtió en concepto.[15]

El alma en el destierro, pura pasión, padecimiento cuando es doblegada por la razón que la arranca de ese estado de sueño creador. El alma exiliada, amor que pide ser consumado y a quien se le niega la capacidad de amar: de nuevo el llanto, el espejismo del agua inexistente de la patria perdida. Tal es la condición de ser humano, de tratar con la vida mediatizado por los conceptos:

> Y mientras el desterrado mira, sueña con los ojos abiertos, se ha quedado atónito sin llanto y sin palabra, como en estado de pasmo. Y si atiende a su oficio, sea el mismo o diferente de aquel que tenía, no le saca de esa mudez, aunque para cumplirlo haya de hablar. Ningún quehacer le hace salir de ese estado en que todo se ve fijo, nítido, presente, mas sin relación.[16]

Entre la duda, teniendo por guía a la Aurora, la mirada humana sumida en la nostalgia «del otro lado» sentirá la primera luz de la mañana como un sueño, como parte del sueño de la noche callada. Entre la duda se aparecen las palabras, se reconocen: balbuceos del decir, sollozos que reprimen el llanto, experiencias, quizá, de los umbrales. Cuando abiertos al otro le ofrecemos compasivamente el dolor de nuestro dolor para amainar el suyo, la mirada es atención, escucha; y es aguardar la palabra nacida del hondón del alma, tal vez bañada de esa profundidad, resuelta, entonces, en lágrimas. Balbuceo porque no es suficiente lo que puede decirse, porque se quedan cortos los nombres cuando se trata de expresar el «antes» del tiempo, sin distancias:

> Y también se da el balbuceo que cierra el paso y aun el nacimiento al llanto; es el sollozo, entonces. El sollozo, el más hondo, amplio entre los decires humanos, el que los abraza a todos en el mejor de los casos ya que puede contenerlos sin abrazarlos siquiera, y aun por una causa que sea un turbio motivo que no llega a ser una sinrazón. En el interior más hondo del reino del sollozo y del llanto y del gemido habita tal vez el núcleo, semilla indisoluble ha de ser, de la palabra misma.[17]

Y si no será grito; el grito abrazado, tranquilizado por la voz que canta, bien desde la garganta humana, bien desde los instrumentos que partieron de la imitación de los elementos de la naturaleza que pueden ser oídos, tocados, sentidos: del viento, del agua, del fuego, de la tierra. Como querer medir la vida, resolverla numéricamente pero sin perder ese carácter mágico e incontenible.

15 M. Zambrano: *Algunos lugares de la pintura*, Madrid, Espasa Calpe, 1989, p. 29.
16 M. Zambrano: *Los bienaventurados*, Madrid, Siruela, 1990, p. 37.
17 M. Zambrano: *De la Aurora*, p. 77.

Descenso a los infiernos, retorno, como el Fausto de Goethe, al Reino de las Madres, allí donde sucede lo indecible:

> Y como es indecible, se resolverá en música. Y en la forma más musical de la palabra: poesía.[18]

Porque el poeta es el ser que no resiste la nostalgia de una «aespacialidad» del otro lado, alguien a quien no basta el aire tangible porque su alma necesita ese otro aliento que es como el aura de lo que se ve y, también, de lo que se presiente «en el mar donde convergen todos los ríos de las lágrimas»[19], de cuyo fondo «surge el incesante oleaje, aunque no sea apenas audible, del balbucear»[20]. Perdido en los senderos boscosos, la angustia que precede a la creación lo sume en un soñar cósmico del que el poema rescatará meramente una huella. Y volverá de los infiernos, cual Perséfone, con la cesta ahita de Belleza. No sin dolor, que toda purificación lo es de agua o fuego. Hallándose en el claro del bosque.

IV

> Y al converger del número y la palabra se le ha llamado poesía, forma primera de la lengua sagrada, de esa que vive escondida sin que deje de vivir por mucho que se la esconda. Como una Aurora perenne, anillo nupcial del cosmos con el Universo.[21]

El Universo concebido en el ámbito numérico es discontinuo. Para darle continuidad a tal estado, es necesario armonizarlo. Cuando el gemido se resuelve armónicamente, se escucha transmutado en música: grito allanado que se somete al tiempo y al número:

> ... y en lugar de irrumpir en el tiempo se adentra en él y alcanza continuidad a través de la discontinuidad de todo lo sensible.[22]

La música es en cada pieza una unidad, como la poesía, pues el poeta rescata la unidad de la vida desgarrada en la dispersión de los sentidos. Pero no es su unidad rígida y violenta como la sustancia de la Filosofía, sino elástica unidad de lo diverso, de la consumación alada del Todo[23].

Vertebral, el poema, como la música. El lamento de Orfeo, la tristeza por lo irrecupe-

18 M. Zambrano: *El hombre y lo divino*, p. 103.
19 M. Zambrano: *De la Aurora*, p. 78.
20 *Ibídem*.
21 *Ibídem*, p. 29.
22 M. Zambrano: *El hombre y lo divino*, p. 104.
23 Cfr. M. Zambrano: *Filosofía y Poesía*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1987.

rable, suena canto. La lira se hace así puente brevísimo, sendero intermedio entre la luz y el mar. Nostalgia de un lugar imposible que mana subterráneo dándole fuego y agua a las cosas, atizándolas para que sean, para que se verifiquen. La lira, la palabra poética resuena infinita llegada del alma peregrina del artista, como una paloma mensajera:

> Pues la música une en sí los dos universos o los seres del Universo: el de los astros de cuyo movimiento descendió la matemática y el mundo infernal de donde nace el gemido; también del infierno de la materia que suena al ser percutida. En las vibraciones del sonido despierta la materia que ofrece así algo propio, no reflejo, como la luz. La vibración sonora nace en los cuerpos mismos; no es como la luz recibida. El sonido se produce en «este mundo» donde los pitagóricos situaron el infierno, en el infierno terrestre. De la voz del infierno, sometida al número venido de los astros, nació la música, la más inhumana de las artes.[24]

V

Al principio el ser humano es atemporal, está «entrañado» como en el sueño. Por eso entrar al sueño, después, en la creación, es como regresar al vientre de la Madre, a las entrañas de la Triple diosa que es vida, muerte y también vida-muerte. El sueño es la reintegración a la naturaleza, al antes de nacer a la luz amorosamente intuida, sin embargo. El sueño creador es no temer bajar a los ínferos del alma, adentrarse en el fondo oscurecido donde la pura luz se gesta; es el absoluto del movimiento: como la música, sueño organizado que, sin dejar de serlo, ha pasado por el tiempo[25]. Creación artística, nupcias entre la luz y las tinieblas marinas:

> Que el amor es nupcial siempre que por él el ser viviente se encamine
> y por algún instante viva la perdida unidad entre el ser y la vida[26]

Es un súbito despertar, una aurora sentida en la claridad indecible del bosque. Algo que siempre estuvo, que bastaba ayudar a nacer para que fuera: palabra seminal.

> Y Cronos, padre del éter y de la noche eterna, del silencio, fue también padre de la música, tiempo racionalizado, tiempo hecho alma en virtud del número.[27]

Mas no tiempo absoluto, sino relativizado, pitagóricamente hablando; tiempo armónico de la indeterminación, de la fluidez acuosa de la música que sólo

24 M. Zambrano: *El hombre y lo divino*, pp. 106-107.
25 Cfr. M. Zambrano: *El sueño creador*, Madrid, Ed. Turner, 1986.
26 M. Zambrano: *Claros del bosque*, p. 156.
27 M. Zambrano: *El hombre y lo divino*, p. 80.

es en el instante, de la que sólo resta, después, el recuerdo y la melancolía. Abandonarse a este no-ser presencializado en la música, es hacerlo a la nada:

> La nada se irá abriendo camino en la mente y el ánimo del hombre como sentir originario. Es decir: en los ínferos del ser. En los infiernos, en las entrañas. Pues «las entrañas» son la metáfora que capta –con más fidelidad y amplitud que el término psicológico «subconciencia»– lo originario, el sentir irreductible, primero del hombre en su vida, su condición de viviente.[28]

Esa nada que aterroriza al pensamiento, a la Filosofía, y que sólo los poetas, o los místicos –esos poetas de la razón o viceversa– no han temido explorar. Porque haciéndolo llevaban a cabo la destrucción por el fuego-de la razón, y la purificación por el agua-de las entrañas. Y tras la muerte, la resurrección: renacimiento virginal mediado por el lirio de Gabriel, palabras seminales:

> La palabra se volverá hacia lo que parece ser su contrario y aun enemigo: el silencio. Querrá unirse a él, en lugar de destruirlo. Es «música callada», «soledad sonora», bodas de la palabra y el silencio. Pero al retroceder hasta el silencio ha tenido que adentrarse en el ritmo; absorber, en suma, todo lo que la palabra en su forma lógica parece haber dejado atrás. Porque solamente siendo a la vez pensamiento, imagen, ritmo y silencio parece que puede recuperar la palabra su inocencia perdida, y ser entonces pura acción, palabra creadora.[29]

Dos figuras recogen de modo ejemplar sobre sus biografías las «lágrimas de la Aurora» pues son en sí mismas esa gran metáfora del llanto. De ambas escribe María Zambrano sendas piezas teatrales: Antígona y Diotima, *La tumba de Antígona* y *Diotima de Mantinea.*

Diotima es puro amor y como tal hay en ella un «oír». Cercana, simbólicamente hablando, a la figura oracular de la sibila de Delfos: la pitia habla en el ombligo del mundo, desde el fondo de la tierra, pero no es más que «boca» tomada por Apolo para comunicarse. La sibila es un cuerpo prestado al dios para que éste exprese las «entrañas» mediatizadas por la razón que lo caracteriza. Diotima, amor, es también mediadora: en su interior escucha la canción del agua, el símbolo primigenio del origen que la Filosofía halló comienzo en los presocráticos, que la ciencia actual, desacralizando el elemento, ha hecho «lugar» de origen, y que la psicología profunda ha redescubierto símbolo del inconsciente: mar. Cuando Diotima siente en su interior que el oleaje del agua se va templando en música, sabe que es el comienzo de su muerte. La canción del agua se enlaza, hasta la indiferenciación, al gemido del que nace. Porque es

28 *Ibídem*, p. 165.

29 M. Zambrano: *Hacia un saber sobre el alma*, p. 42.

puro amor, pura entrega a los otros, Diotima no termina de nacer, temerosa quizá de esa luz de la que la música le habla. Narrando por medio de metáforas -no podría hacerlo de otro modo- una experiencia mística atisbada[30], en el instante de la noche oscura desaparece, sumida en el mar cuyos movimientos devienen llanto. Al borde de una muerte que dará paso a la vida en plenitud, a la música callada y a la sonora soledad de la identificación extásica: sumergida, al fin, disuelta en la belleza del amor incondicionado:

> Y así me he ido quedando a la orilla. Abandonada de la palabra, llorando interminablemente como si del mar subiera el llanto, sin más signo de vida que el latir del corazón y el palpitar del tiempo en mis sienes, en la indestructible noche de la vida. Noche yo misma.[31]

La propia Diotima habla de esa otra criatura de los umbrales que es Antígona, poema-mediación entre la historia (el tiempo) y la Naturaleza:

> La muchacha que llora enterrada viva. Antígona viva en su sepulcro impenetrable. Y su llanto es agua; llanto de una herida que nadie descubre, sobre la que nadie se inclina sino a beber; la vida misma en su presencia primera; el agua.[32]

Antígona es una heroína primaveral como Perséfone, raptada y devorada por la tierra. Está enterrada viva como la conciencia inocente en cada ser humano. María Zambrano dice que no pudo suicidarse en su tumba como erróneamente escribió Sófocles. No podía suicidarse porque este regreso al fondo último de la conciencia es un empezar a nacer, nunca una muerte. En todo caso muerte como metáfora de la resurrección, del nacimiento absoluto. Consciente en plenitud es «enterrada viva» en ese «sepulcro impenetrable» del que nos habla Diotima. Su llanto es agua porque brota de la herida que es la conciencia, pero trae entre las lágrimas rumor del mar, de las «entrañas» como lo llama Zambrano, o del "hondón del alma" como lo llamó Teresa de Ávila. Herida «que nadie descubre» pero sobre la que todos se «inclinan a beber»: Antígona es auroral, es atisbo de luz, es el nacimiento de la conciencia encarnada ya en un cuerpo: la vida entregada en la razón, la razón poética. Podríamos decir, siguiendo la metáfora del llanto que nos ha ido conduciendo a través de estas páginas, que Antígona es música: ha regresado al vientre, a la caverna platónica para compartir su experiencia. Y lo hace superando el tiempo, dándole «marcha atrás» como parece simbolizar esta vuelta. Antígona es el grano de trigo

30 Cfr. M.F. Santiago Bolaños: «Del ángel y la herida» en Gómez Blesa, M. y Santiago Bolaños, M. F. (Coords): *María Zambrano: el canto del laberinto*, Segovia, Diputación de Segovia, Ayuntamiento de El Espinar, Caja de Ahorros de Segovia, 1992, pp. 141-143.

31 M. Zambrano: *Diotima de Mantinea en Hacia un saber sobre el alma*, p. 201.

32 *Ibídem*, p. 195.

que realiza su sacrificio de agua y luz para retornar transfigurado en flor: palabras seminales, nupcias del tiempo (la conciencia) y el amor (la vida):

De esta experiencia supralógica habla Diotima:

> El tiempo cubre a las cosas de la tierra y de ellas, sólo el amor lo sobrepasa. El amor atravesado por el tiempo lo atraviesa. La estrella solitaria que abre el día y alumbra el nacimiento de la noche es un umbral y una ley. La sombra de los anillos de Cronos la divide, la hiere. Porque no es sólo sombra, es herida; el tiempo penetra el amor y así el amor engendra siempre.[33]

El tiempo vencido, con el regreso al uno primigenio que se debate en el mar interior, que gime porque no tiene palabra para ser escuchado, como es menester en el mundo de la razón. Y de su gemido, del llanto a la luz de ese candil imposible, el artista sintiendo las cosas «del otro lado», por obra del puro amor que se da siempre en la orilla, recibe la Palabra y la entrega en su obra, encarnada. Puro cuerpo, o alma pura quizá, el artista:

> El tiempo, ¿habría cedido al fin a ser separación? ¿Se habrá logrado eterno retorno en su total perfección? Es decir, cuando ya no tenga que volver a nacer, porque haya nacido del todo, y sin saberlo.[34]

Antígona, como los místicos, como los poetas, esta vez hablando Polinices, acabaría diciendo:

> Allí el amor no hay que hacerlo, porque se vive en él. No hay más que amor.[35]

¿Sin llanto?...

El Espinar, Febrero, 1994

33 *Ibídem*, p. 194.

34 M. Zambrano: *De la Aurora*, pp. 109-110.

35 M. Zambrano: *La tumba de Antígona*, Madrid, Ed. Mondadori, 1989, p. 79.